

mesón de Palomeque, del bosque de alcornoques y encinas, ó de la playa de Barcelona? Ni los cuatrocientos cuadrilleros de quienes hizo baldón y desprecio en una de sus hiperbólicas provocaciones, habrían dado cima á tan ardua y peligrosa empresa. Más sagaces, por cierto, anduvieron los amigos convirtiendo el delirio en agente curativo de sí mismo. Trataron de dar pábulo, no sin mucho tiento, á uno de los conceptos principales de la monomanía hasta el punto de que, preponderando sobre los demás, los acallase, siquiera

nismo por espacio de siete días, en los cuales tomaba el enfermo alimentos sucosos, pero no podía beber vino; el día cuarto y la antevispera se excitaba vómitos, y la víspera se abstenía de la cena. El mejor modo de propinar el eléboro era poniéndolo en un vehículo endulzado, ó mezclándolo con gachas, principalmente de lentejas. En Anticira, fertilísima en eléboro, usábanlo con más seguridad y buen éxito que en otra ninguna parte, porque mezclaban con él la simiente del *Sesamoides* (la *Reseda undata* de Linneo, al parecer), dicho también *anticyron*, que allá se criaba: la dosis ordinaria era óbolo y medio (un gramo, con corta diferencia) de eléboro blanco por un pellizco (*quantum tribus digitis capitur*) de sesamoides en vino dulce. Luego se imaginó mezclar pedacitos de rábano y eléboro, con que, comprimiéndolos, mitigábase la fuerza del segundo en el tanto que le quitaba el primero. A las cuatro horas de tomado el eléboro se empezaba á volverlo, y á las siete el remedio había hecho ya todo efecto. Prescribíase más á hombres que á mujeres, y, en cualquier caso, con suma cautela; mejor era tomarlo en verano que en invierno; solía probar mal en días nublosos; y estaba contraindicado para ancianos, niños, personas muelles y afeminadas de cuerpo y espíritu, flacas y enclenques (PLINII, *Naturalis Historia*, libro xxv, capítulos del 21 al 25. — DACIER, nota 82 á la Sátira 3.^a del libro II de Horacio). Según los botánicos modernos, el eléboro negro de los antiguos es el *Hel-leborus niger* de Linneo, nuestro vedegambre negro; y el blanco, el *Veratrum album* de Linneo, vedegambre blanco ó hierba de ballesteros. Ya Plinio dijo que á este último llamaban en Italia *veratrum*. Entre nosotros están ambos á dos en total desuso. Además, conviene saber que había una ciudad y una isla de nombre *Anticyra*: la primera, no lejos de Cyrria, en Fócida, á la orilla del golfo de Corinto; y la segunda, en el golfo Maliaco, cerca del monte Oeta, en Dórica. Esta daba el eléboro mejor; pero aquélla tenía la ventaja de que, produciendo igualmente el sesamoides, facilitaba la mezcla de su semilla con la raíz de la otra planta; en la cual mezcla consistía, como queda dicho, la preparación ó fórmula, al parecer, soberana. Así pues,

temporalmente, y fuese poderoso á sojuzgar la voluntad: resultado no imposible, ni acaso difícil, de conseguir, en quien la lleva siempre tras sus desvaríos. Propusieronse, pues, adquirir un dominio moral sobre el enfermo por tan buena manera, que él mismo lo aceptase inconscientemente, pero sin repugnancia, porque pareciese dispuesto y traído por sus mismos conceptos y deseos; y de esta suerte reducirle á ejecutar, sin resistencia, casi de buen grado, como por impulso propio, lo que de él nunca jamás habría recabado la

los enfermos que habían de medicarse con el eléboro iban, por lo común, á Anticira de Fócida; y el ser llevados á ella los locos era, en la antigüedad, tan usual y corriente como, en nuestros días, el ir los que padecen de otras, aunque muy diferentes, dolencias á San Hilario, Panticosa ó Archena. Con todo eso, el tratamiento terapéutico que allá se daba era más expresivo é inequívoco para el público, con respecto á la enfermedad de quien lo recibía; porque haber ido á curarse á Anticira significaba entonces lo que ahora haber estado recluso en un manicomio; de suerte que las frases proverbiales *Anticyra eget*, y *navigat Anticyram*, clama por Anticira, y hace rumbo á Anticira, decían clara y verdaderamente, aunque en son de chiste, que el pobre á quien se aplicaban, ó iba perdiendo los estribos, ó era ya loco rematado. Por tales tenía Horacio á ciertos poetas necios y presuntuosos, cuando les vaticinaba, nó que las dos Anticiras que había en realidad, pero, hiperbólicamente, que ni tres serían bastantes á sanarles la cabeza: *tribus Anticyris caput insanabile* (Epístola *Ad Pisonem*, verso 300). Ahora bien, por lo que puede conjeturarse en la actualidad, ¿era el eléboro positivamente eficaz para la curación de las enfermedades mentales? Yo creo que no, fuera de contados y especialísimos casos en que, por síntomas particulares ó por una disposición individual, rara y casi singular, estuviese indicada de un modo visible la medicación vomitiva ó purgante; y, aun, para cumplirla, tengo para mí que la virtud del eléboro no debía de aventajarse á la de otras sustancias de igual especie farmacológica, á pesar de que, en sentir de Areteo de Capadocia, el eléboro blanco era el más eficaz de los medicamentos eméticos y purgativos á la vez, no tanto por la abundancia y variedad de sus efectos, cuanto por su acción y la pureza de su calidad. Pero lo que el eléboro no daba de sí, alcanzábalo, con su preparación algo quizás, y con su propinación en la misma Anticira mucho sin duda; de manera que no puedo menos de pensar y creer que en Roma ó Atenas, por ejemplo, curaba pocos locos, si alguno, y, aparentemente, bastantes en aquel lugar de Fócida. Sí, aparentemente; quiero decir como á medias, y

fuerza: arbitrio enteramente conforme con los preceptos de la terapéutica frenopática, sobre el cual haré algunas, entiendo que interesantes, consideraciones en otro capítulo.

El concurso de dos sucesos romancescos dió feliz ocasión á que del estado miserabilísimo, así en lo tocante al espíritu como al cuerpo, en que se hallaba Don Quijote en las asperezas de Sierra Morena, lograsen hacerle salir gozoso, en alas de risueña esperanza, para el reino de Micomicón de Etiopia, que, al fin y al cabo, no hubiera sido sino el lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiso acordarse Cervantes. Y, cuando el alegre desenlace de aquéllos y otros, que sucesivamente en la venta acaecieron, obligó á mudar

todavía esto tirando largo, porque en Anticira, no dosis altas de eléboro, reiteradas con porfía y ahinco, sino el alejamiento del hogar doméstico y sus cuidados; el sosiego resultante del no tenerlos; la nueva residencia, con aires, aguas y alimentos no acostumbrados; objetos nunca vistos y compañía de gentes no conocidas: en una palabra, la expatriación; la mudanza de vida; tal vez, como consecuencia de ambas, cierto sentimiento nostálgico vago, ó, por ventura, fuerte y tenaz; el aislamiento relativo de los orates; ó, para decirlo con el término técnico, su tratamiento moral, era, á no dudarlo, el que, á largo ó á corto andar, atajaba la enfermedad y restablecía la salud de la mente. En este sentido, pues, decían verdad las transcritas frases proverbiales, y estaba á todas luces justificado que, á pretexto de medicarlos con el eléboro, fuesen trasladados los locos y morasen temporalmente en Anticira. ¿Era esta práctica, hija de la observación popular, puro empirismo, ó aconsejábanla y dirigíanla los médicos por conocer la utilidad, si no la necesidad, del aislamiento de los orates? Que la conocieran científicamente hay que dudarlo, pues en ninguna de las obras suyas que han llegado hasta nosotros se hallan datos que lo acrediten, ni siquiera induzcan á creerlo. No; la edad antigua, de quien tanto han aprendido las sucesivas, incluso la nuestra — mal que les pese á los arqueófobos, — ninguna enseñanza les dejó sobre este punto concreto de la ciencia. La terapéutica frenopática no llegó á formar cuerpo de doctrina, ni, por lo mismo, á merecer tal nombre, hasta que obedeció á su ley fundamental, el aislamiento metódico de los enajenados, que, en este ramo, es sin disputa el mayor adelanto de la Medicina moderna. A Esquirol cupo la gloria de dictar dicha ley, en uso de la prerrogativa aneja á la soberanía del saber.

de plan, sacaron al buen caballero en una jaula, dándole á entender que iba encantado; y á la cólera que había de excitarle la alevosía de sorprenderle en el sueño y atarle de pies y manos, se anticiparon con la exhortación de la voz temerosa á que no le diese afincamiento tal prisión, por ser ella muy conveniente para acabar más pronto la aventura en que le había puesto su gran esfuerzo; y sobre todo con la promesa de que tendría fin y remate *cuando el furibundo león manchego con la blanca paloma tobosina yoguieren en uno, ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco; de cuyo inaudito consorcio saldrán á luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre.* Este plan, aunque se llevó hasta el cabo á que quisieron llegase sus autores, no tuvo el buen éxito que esperaban; y, habiendo salido de nuevo á sus andanzas el Hidalgo, Carrasco, corazón bellissimo, vino, con anuencia del Cura y del Barbero, á tomar por su cuenta el arriesgado negocio. El caballero del Bosque ó de los Espejos y el de la Blanca Luna, uno tras otro, retan á singular combate al de la Triste Figura y al de los Leones. En lo sustancial son iguales las condiciones de ambos duelos. En el primero *el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare.* En el segundo resplandece todavía más el denuedo, y, por lo mismo, el sacrificio de Carrasco, quien dice con raro desenfado á Don Quijote: *Vengo á contender contigo y á probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusará tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela: y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que, dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas*

y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvación de tu alma: y, si tú me vencieres, quedará á tu discreción mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. La torpeza del de los Espejos, que mejor manejaría la pluma que la lanza, fué causa de su vencimiento; y al ánimo de Don Quijote, grande, compasivo, Bueno, al fin, también en la victoria, debió la vida el disfrazado caballero. Vengóle el de la Blanca Luna en la playa de Barcelona, domando al león manchego, con circunstancias noblemente combinadas; que todo había de ser magnífico y ejemplar en aquel trágico lance, para tan alto fin dispuesto y traído. Derribado Don Quijote, á la dolorosa intimación de su vencedor, que había ido sobre él, y puéstole la lanza sobre la visera, contestó, sin alzarse la suya, y como si hablara dentro de una tumba: *Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra:* sublimes palabras con que pareció dar su alma heroica, y las postreras palpitaciones de su corazón generoso.

La profunda conmoción del ánimo que ellas indican tuvo, por consecuencia inmediata, una *frenalgia* ó dolor moral, que dió principio á un doble movimiento ó trabajo, si vale decirlo así, de descomposición y metamorfosis consecutiva de la monomanía, no previsto, ni fácil de prever, por los tres amigos, cuyo propósito no iba más allá de traer al enfermo al retiro de su casa.

Recuérdese ahora lo que he dicho en otro capítulo: que por un estado frenálgico ó melancólico comienzan casi siempre y terminan á menudo los vesánicos.

Muy pronto se vieron manifestaciones inequívocas

del nuevo padecimiento. Desde la playa fué conducido Don Quijote, en una silla de manos, á la ciudad, y guardó cama seis días, *marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento*. En uno de ellos llegó don Antonio Moreno á pedirle albricias, porque don Gaspar Gregorio y el renegado que había ido á rescatarle á Berbería, estaban ya en casa del Virrey y luego vendrían á verle; con cuya noticia *alegróse algún tanto el Caballero, y exclamó: En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligara á pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no sólo á don Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿no soy yo el derribado? ¿no soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¿qué prometo? ¿de qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada?* Este es un pasaje de gran sentido médico-psicológico, porque muestra cómo la frenalgia, enseñoreándose del ánimo del Caballero, comienza á combatir su monomanía, y, ya que no la venza por el pronto, aquíétala y domínala temporalmente. Paso entre paso llegará á sojuzgarla y causar en ella tal alteración, que sea una *metaptosis* ó mudanza de forma del estado frenopático, á la cual mudanza, con más precisión etimológica, aunque con menos eufonía, llaman *metasquematismo* los alemanes.

Al salir de Barcelona, volvió Don Quijote á mirar el sitio donde había caído, y dijo: *Aquí fué Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse.* — Caminando ya para su aldea, estuvo por seguir el consejo que Sancho, amigo siempre de la comodidad, y, por lo mismo, deseoso de aligerar la impedimenta en el viaje,

le dió de dejar las armas, colgadas de un árbol; las armas que nuestro infatigable caballero, imitando al del sabido romance, llamaba sus arreos, como al pelear su descanso.— Si esto no bastare para descubrir la negrura de su talante, la harán ver claramente las palabras que dijo, en razón de haberse adelantado el escudero á dar su parecer en la graciosa apuesta sobre la carrera á que se habían desafiado dos hombres, uno flaco de cinco arrobas, y otro gordo de once: *Responde en buen hora, Sancho amigo; que yo no estoy para dar migas á un gato, según traigo alborotado y trastornado el juicio.* Dirimida la contienda, mediante haber hablado el escudero como un bendito, y sentenciado como un canónigo, terció, á modo de amigable componedor, en el asunto el más garboso sin duda de los circunstantes, y como propusiese llevar al amo y al mozo á la taberna de lo caro; *yo, señores, os lo agradezco,* respondió aquél, *pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés, y caminar más que de paso.*— Un extraño suceso vino luego á avivar su dolor, y acrecer su desánimo, y fué la que Cervantes apellida cerdosa aventura. No bien había pasado por cima de Don Quijote y Sancho, Rocinante y Rucio, armas y albarda la inmunda piara, cuando el escudero se levantó como pudo, y, sintiendo acaso por primera vez el hervor de la valentía, pidió á su amo la espada, porque quería matar media docena de aquellos soeces y descomedidos puercos: *déjalos estar, amigo,* repuso el otro; *que esta afrenta es pena de mi pecado; y justo castigo del cielo es, que, un caballero andante vencido, le coman adivas, y le piquen avispas, y le hocen puercos.*

¿Que se hicieron los bríos con que, en reciente ocasión nefasta, increpó, tirando terribles cuchilladas, á la canalla gatesca, encantadora y cencerruna? Los ha apagado la melancolía, que agobia y consume al mísero caballero.

Mas, para que nada falte á la exactitud de esta relación, importa advertir que la melancolía se inició algún tiempo antes del vencimiento de Don Quijote, ó sea luego de haberse visto pisado, acoceado y molido de los toros; y, aunque fué pasajera y casi momentánea, mostró de pronto tal intensidad, que llegó á despuntar en tedio de la vida, su tan frecuente consecuencia. De ello no dejan duda las palabras con que, al contemplar el Caballero cómo Sancho embaulaba en el estómago pan y queso, terminó un breve razonamiento, patética lamentación del ultraje recibido de aquellas indómitas bestias: *esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer, de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes.*

Ya antes de aquella, que, en realidad, no fué aventura sino asquerosa desventura, la de los puercos, perturbado el primitivo delirio al incesante embate de la frenalgia, y, por ley patológica, comenzando á convertirse la exaltación monomaniaca en depresión melancólica, habíase visto, aunque entre sombras, la primera fase de una nueva vesania.

Esta fase vino preparada á las claras por una mudanza, digna verdaderamente de consideración, que fué verificándose en el ánimo de nuestro caballero.

Apenas partidos de Barcelona, unas palabras muy á lo discreto dichas por el criado sugirieron al señor las siguientes: *Lo que te sé decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía; pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarín mis presunciones; pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme, en fin, hice lo que pude, derribáronme; y,*

aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras, cumpliendo la que dí de mi retirada. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas. — A los pocos días, en la sala baja de un mesón, donde le alojaron, viendo pintados, aunque de mano malísima, el robo de Elena por Paris, y la fuga de Eneas á vista de Dido, exclamó: *Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya. Encontrara á aquestos señores yo, y ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruída, pues con sólo que matara á Paris, se excusaran tantas desgracias.*

Allí ya no alardea de ser el campeón cuyas fuerzas únicamente de las sobrehumanas pueden ser sujetadas, antes se reconoce convertido de alto caballero en escudero humilde; aquí deplora claramente el no haber venido al mundo en la edad heroica, como si á ella más que á la vulgar nuestra perteneciese por la grandiosidad de sus aspiraciones y el lustre de sus hazañas. Hasta da por flojo á Rocinante, para él, en otro tiempo, flor y espejo de los caballos, la mejor pieza que comía pan en el mundo, y cuya excelencia eclipsaba y oscurecía la de Bucéfalo y Babieca. A pesar de estas manifestaciones explícitas de su aciaga humillación, todavía suspira por empuñar las armas, todavía se lisonjea de que enderezara, si entonces fuera, el tuerto que contra el hermano de Agamemnón cometió el hijo de Príamo, con tan vergonzosa infidencia como nefanda osadía; y con ello evitara las dos mayores catástrofes de aquellos pueblos de gigantes. En estos razonamientos y en frases á ellos análogas, y, aunque

breves, muy expresivas, descúbrese ya una vacilación de ideas, una inconstancia de propósitos, un vaivén del sosiego mental reciente á la turbación delirante antigua, y de ésta á aquél: fenómeno cuya verdad y frecuencia se acreditan por la observación clínica, pues la naturaleza no suele dar saltos é ir repentinamente de una enfermedad á otra, y menos de la enfermedad á la salud: tránsitos que, por el contrario, se efectúan de grado en grado, bien así como, sobre la noche, se viene el resplandor del día, paso entre paso, tras la incierta claridad del alba y la sonrosada luz de la aurora.

Mas aquella vacilación y aquella inconstancia iban convirtiéndose ya en firmeza y determinación, aunque todavía dentro del estado patológico. Pasando por el sitio en que, á su ida, fueron atropellados de los toros, y reconociéndolo Don Quijote, dijo al escudero:

Este es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querían renovar é imitar á la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitación, si es que á tí te parece bien, querría ¡oh Sancho! que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Así que, propúsose al instante comprar algunas ovejas y todas las demás cosas necesarias al ejercicio pastoril; y luego como que entonó un idilio diciendo: daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos: él, que hasta entonces no había aspirado á hacerse famoso y eterno sino por la intrepidez de su pecho y el poderío de su brazo.

Restituído á su aldea, comunicó este proyecto al

Cura y al Bachiller, después de referirles el triste vencimiento, invitándoles á acompañarle en el ejercicio de apacentar ganados, cantar y endechar en campos y florestas, diciéndoles que lo más principal del negocio estaba hecho, porque les tenía puestos nombres, que les vendrían como de molde. Los dos buenos amigos, porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podría ser curado, concedieron con la flamante invención, y, aunque pasados de la *nueva locura*, según expresión del cronista, felicísima por ser propia con todo extremo, aprobaronla por discreta, viendo en ella una diversión del pensamiento á una idea bien distinta de las caballerescas. No así la Sobrina, á quien, por lo sesuda, se le pudo perdonar lo atrevidilla, que le afeó el querer meterse en nuevos laberintos; *haciéndose pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas, pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas*; ni tampoco el Ama, que, metiendo también su cucharada en el negocio de su señor, como buena sirvienta madura de solterón ya en años, le dijo: *¿podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, el aire, la lluvia y los lodos? No por cierto; que éste es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos, y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun, mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor*. Todas estas palabras demuestran cuán arraigada parecía estar ya en Don Quijote la recién nacida *idea fija*, pues, por instinto, son muy sagaces las mujeres en descubrir pensamientos, propósitos y determinaciones de aquéllos con quienes viven en intimidad doméstica.

Mejor es ser caballero andante que pastor, dijo el Ama sin darse cuenta exacta de la diferencia entre ambos estados, pero yéndose indeliberadamente tras personas de buen seso, que deploraban el descamino de los vates de su época; los cuales, no hallando vena sino

en ganados y aves, verjeles y bosques, montes y valles, poblábanlos de pastores y zagalas, que, en idilios, églogas y elegías, cantaban á sol y á luna sus amores, requiebros, desdenes y celos, al són de rabeles y zampoñas, hinchendo de ayes el aire, y aumentando con lágrimas el caudal de los ríos: poesía preponderante sobre la romancería, pues ya por cada Amadís contábanse veinte Menalcas, Filenos y Nemorosos, y por cada Oriana cien Amarilis, Fléridas y Silvias: locura, al fin; propia también del tiempo, como la de los caballeros andantes, cuyas bravezas y disparates, aunque rudos, eran, con todo, más tolerables que los empalagosos amartelamientos, discreteos y plañidos de cortesanos mal disfrazados de rústicos.

No llegó, sin embargo, á cuajar la nueva idea fija de Don Quijote, porque pronto un trastorno, profundo y grave con todo extremo, de su organismo ocasionó la postrera y dichosísima evolución del estado frenopático. No nos duela; que jamás el loco pastor y los árcades, sus camaradas, habrían sido tan famosos y eternos como lo son el loco andante, el escudero simple, las parientas respectivas y los amigos de entrambos. Sí; que en la tumba del olvido yacerían desde mucho tiempo Quijotiz, Pancino, Curiambro, Niculoso, Carrascón y Teresaina; y todavía viven, y vivirán más que las estatuas que á la admiración de los siglos legó el arte griego, más que las pirámides que simbolizan el poderío egipcio, Don Quijote y Sancho Panza, el Cura y maese Nicolás, Sansón Carrasco y Teresa.

De la manera que se ha visto me doy yo razón del movimiento íntimo, con que en la mente de Don Quijote la locura comenzó á pasar de andantesca á pastoril. Para un tránsito semejante, basta á veces á los alienados, como para las mudanzas de algunas de sus ideas, conatos ó determinaciones, la súbita vista de un objeto, la renovación de una memoria ú otras coincidencias por el mismo estilo; y tal le avino al Ca-

ballero cuando reconoció el prado donde, días antes, personas, quizá de juicio no más sano que el suyo, se habían reunido para renovar la vida apolínea, holgada y retozona de la feliz Arcadia.

Un hecho de fisiología patológica, bien determinado y visible, resalta en esta mudanza, y es el *adormecimiento del delirio*; que así me parece propio denominarlo, en contraposición á la vigilancia del mismo desorden psíquico que expliqué á su tiempo.

Delirio que se adormece, delirio que se muere. Delirio monomaniaco, á cuyo lado germina, nace y crece otro, cualquiera que sea su especie, pronto se consume y se anónada. La idea pastoril introducida en no sé cuál escondrijo del cerebro, donde moraba la caballescencia, había de desalojarla forzosamente. La monomanía es impenetrable, como los cuerpos. Dos monomanías no caben en una cabeza: su coexistencia implica contradicción. En el gobierno de la mente, la monomanía es la dictadura absoluta y despótica.

Con todo esto, atento á las enseñanzas de la experiencia clínica, tengo para mí —vaya por digresión curiosa— que si la nueva locura, como decían el Cura, el Bachiller y el Barbero, se hubiese arraigado tenazmente en el cerebro de Don Quijote, no habría llegado á tomar la forma bien contorneada y distintiva de monomanía, sino que, entremezclándose sus conceptos con los de la antigua, habrían compuesto un conjunto ó especie frenopática, no ya sencilla y parcial, sino compleja y general, de forma melancólico-maniaca, de carácter crónico, de curso tardo, de curabilidad negativa: lúgubre cuadro que se me representa en la imaginación como el de una figura cuya mirada incierta, frente marchita, facciones caídas y miembros vacilantes anuncian la invasión de la demencia. Fuera, ó no, así, aunque el Hidalgo hubiese tenido en su casa el año del noviciado, puede asegurarse que no habría vuelto jamás á las andadas andanzas.

La pasión melancólica consecutiva á la frenalgia perturbó hondamente el sistema psíquico, y vino luego á conmover con suma fuerza el organismo, dando origen á una enfermedad incidental; y ambos efectos se desarrollaron con vigor y prontitud, como plantas en terrenos para ellas propios y abonados; favorecida la pasión por la edad proveya del paciente y su constitución bilioso-nerviosa, y preparada ya de muy atrás la enfermedad por las inclemencias del tiempo á que había estado expuesto, el cansancio de un ejercicio activo y continuo, y los quebrantos causados por una herida, bien que antigua, muchos porrazos, algunas pedradas y dos recientes pateaduras. Tal sucede á muchos locos, en particular á los lipemaniacos y maniacos; que, á la larga, padecen dolencias, y de ellas mueren, contraídas con el trastorno de la inervación, consiguiente, en los primeros, á la profunda concentración del ánimo, á la inmovilidad y abandono del cuerpo; y en los segundos, á las fatigas de sus agitaciones y furores, al insomnio pertinaz, inedia, desabrigo y desconcierto general de la vida.

Sintiéndose Don Quijote enfermar, *llevadme al lecho*, dijo á la Sobrina y al Ama, *que me parece que no estoy muy bueno*; y el historiador escribe que, *ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama*. El médico, á quien llamaron los solícitos amigos, tomó el pulso al doliente, y, como no le contentase mucho, dijo que, por sí ó por no, atendiese á la salud del alma, porque la del cuerpo corría peligro. El parecer del profesor fué que al Hidalgo *melancolías y desabrimientos le acababan*; con el que, si no dió muestra bastante de estar muy instruído en Patología psíquica, acreditó, por lo menos, tener buen ojo ó sentido práctico general para quedar airoso en achaque de diagnóstico y pronóstico.

CAPÍTULO XIV.

CURACIÓN DE DON QUIJOTE, Y MUERTE DE ALONSO
QUIJANO.

El trance de Don Quijote fué un coronamiento bellísimo de su historia; y en él se verificó, por la más plausible manera, el desenlace del turbulento drama de su locura.

Pero antes de referirlo y discurrir sobre sus pormenores, estimo indispensable dilucidar algunos principios clínicos.

A este fin expondré, con brevedad sumaria, una teoría, ó cosa parecida, que me he forjado por observación acaso puramente empírica; que tendrá quizá su demostración filosófica y fisiológica; pero que el filósofo y el fisiólogo pueden rechazar, aunque no poner en tela de juicio la verdad de los hechos sobre los cuales descansa. Tampoco pretendo que los términos con que la explicaré sean los más científicos: úsolos por no haber hallado otros que en propiedad y fuerza de expresión les hagan ventaja.

Hay en el loco lúcido, y tal vez en algunos no muy lúcidos, una como dualidad de persona; bullen en lo íntimo de su mente dos como individualidades, no distintas en esencia, pero sí en accidentes de la sensibilidad, inteligencia y actividad; individualidad permanente la una, transitoria la otra, é independiente aquélla; en cuyo seno se engendra y reside la transitoria, al modo que la neoplasia*, si tolerarse puede el símil, en la trama del tejido donde germina y medra. Son la

* *Neoplasia*, producción anormal ó morbosa de tejido ó tejidos, ya análogos ó semejantes á los normales del organismo, ya, y es lo más común, enteramente desemejantes.

individualidad fisiológica ó cuerda y la *individualidad patológica ó loca*, que, como el órgano sano y la producción morbosa, viven juntas, mas no con unión y conformidad, valga el decir, sino en oposición ó pugna incesante; de la cual, tarde ó temprano, sale victoriosa, cuándo la primera, cuándo la segunda, si ya ño es que, por equilibrio de sus respectivas fuerzas, se contrarrestan, y prolongan la lucha por tiempo indefinido. En suma, es la locura, que se ayunta y se adhiere á la cordura, y como que la penetra; resultandõ de ello una entidad esencialmente única y accidentalmente doble. El éxito de la pugna, según que es favorable á la individualidad fisiológica ó á la patológica, ó queda indeciso, tiene manifestaciones internas y externas que respectivamente se llaman curación, paso á una especie oscura ó tórpida y cronicidad de la vesania.

Todo esto parecerá meramente hipotético y vano, pero no lo es, porque sin admitir la coexistencia de enfermedad y salud, en cierta medida, en la locura lúcida, no hay forma de explicar muchos pensamientos y acciones de los que la padecen, ni de establecer su tratamiento moral, ni siquiera de gobernarlos con el cariño y la autoridad, la persuasión y el ejemplo, el premio y la represión, que son bases fundamentales del código médico-psicológico de un buen manicomio. Sin dicha coexistencia, ¿podría haber monomanía? Además, la subsistencia de cordura en la locura, ¿no es una demostración clínica de la tal coexistencia?

Entre todas las especies frenopáticas, ninguna más sujeta que la impulsiva á ésta que me atrevo á llamar dura, aunque saludable, ley de lucha. La fuerza irresistible, que empuja á cometer maldades ó simplemente disparates, despropósitos ó sandeces, es la individualidad patológica en acción; bien así como la fisiológica lo es la repugnancia y resistencia á ponerlos en obra, la abominación de ellos, el pesar, arrepentimiento y desesperación por haberlos ejecutado. En ninguna otra

locura se hace tan patente la pugna de ambas individualidades; y bien puede decirse que, en este particular, la impulsiva es el prototipo de las lúcidas.

Todas las demás, no obstante, tienen el mismo carácter, poco ó muy manifiesto. En muchos orates, si con atención se les examina y reconoce, en coyunturas favorables, se verá claramente la sobreposición del *yo vesánico* al *yo cuerdo*, y la lucidez de éste, el conocimiento que del otro tiene, y la resistencia que en vano opone repetidas veces á sus conatos, determinaciones y arranques. En vano, digo, porque la voluntad es la que más padece en el *yo sano* supeditado al *yo enfermo*; y la forma constante de su padecer es la depresión, la pasividad, el anonadamiento, mientras que la inteligencia y la memoria conservan, por lo común, el vigor fisiológico, entero ó apenas menoscabado.

Los hechos en que se apoya esta teoría, sácansé de la observación del estado mental de la persona curada de una vesania más ó menos lúcida, de cualquiera especie que haya sido; y prueban que el orate, como dicho queda en otra parte, tiene conciencia directa y refleja de sus sensaciones é ideas, y que, en sanando, adquiere la refleja de que ellas eran erróneas ó patológicas.

Los caracteres del estado psíquico de la persona curada de una enfermedad mental se resumen en los siguientes:

- 1.º Conciencia de su locura pasada y de su cordura presente.
- 2.º Juicio recto sobre su condición en tanto que estaba padeciendo la enfermedad.
- 3.º Memoria de las ideas sobre que versaba su delirio, y de los actos que, á impulso de ellas, ejecutó; así como de los cuidados que recibió en su tratamiento y asistencia, incluso los avisos y consejos, persuasiones y mandatos, recompensas y correctivos.
- 4.º Imperturbabilidad bajo la acción de los excitantes morales que dieron origen á su dolencia ó coadyu-

varon á producirla; y rectificación espontánea, explícita y absoluta de las especies que, durante aquélla, despertaban ó avivaban el delirio, sugerían determinaciones insensatas ó causaban impresiones dolorosas.

5.º Aversión, y aun odio, á las causas de su mal; anhelo y propósito de removerlas, si ha de volver forzosamente á entrar en los límites de la acción de ellas; reconocimiento y gratitud á los que han corrido con la curación de su enfermedad y el cuidado de su persona.

6.º Deseo de enmendar los daños; si, á impulso de la dolencia, los ha causado.

7.º Recobro más ó menos rápido y completo de su carácter moral y aptitud intelectual, y, por tanto, del sentimiento religioso, afectos de familia y amistad, inclinaciones, gustos, deseos, talento, amor al estudio ó al trabajo; y tal vez pasiones, vicios y desconcierto.

8.º Retraimiento, y acaso esquivéz; hijos del pesar y dolor de haber adolecido de la mente, porque de pocas enfermedades se sonroja y avergüenza tanto como de la locura el curadó; á lo cual contribuye el saber, por experiencia propia, el miserable estado á que ella reduce, y el participar más ó menos de las fatales preocupaciones reinantes en la generalidad de las personas, sobre ser dudosa ó equívoca siempre, ó poco menos, la condición intelectual y moral de los que dicha dolencia han padecido.

No siempre el estado psíquico del curado ofrece á la observación del perito todos estos caracteres, puesto que, sea también por preocupación, sea por suspicacia ó temor, á menudo el sujeto lleva el disimulo hasta el extremo de excusar declaraciones categóricas con que pondría á la vista de todos algunas señales inequívocas del recobro de su salud. En ello, además, entran por mucho su índole y despejo.

Los susodichos caracteres son, para el pronóstico, signos de gran valor, y tiénenlo tanto tres de ellos, á

saber, la conciencia de la locura padecida, la imperurbabilidad bajo la acción de sus causas, y la rectificación de las especies excitantes del delirio y de sus secuelas inmediatas, que es dudosa la curación de todo padecimiento mental que no los ofrece, por más que la certifique, al parecer, la cesación de los síntomas: principio práctico de suma trascendencia; dato positivo inapreciable, ya que sólo por otros negativos ha de reconocerse el recobro de la salud mental: punto mucho más dificultoso, de ordinario, que el diagnóstico de la alienación. Es, por tanto, indispensable la coexistencia de los tres caracteres; pero todavía tiene más significación é importancia el segundo, sin el cual los otros no siempre alcanzan á dar un convencimiento pleno al frenópata reconociente, supuesto que, respecto del primero, y aun del tercero, cabe la simulación de quien llega á entender cuánto le importa acreditar su pretense restablecimiento con la delaración espontánea y explícita, pero mentida, de su dolencia; que para esto no faltan locos por demás expertos y taimados.

Tal fué el conocido de Sevilla. Al cabo de algunos años de recogimiento, se da á creer que está cuerdo y en su entero juicio, escribe al Arzobispo suplicándole le mande sacar de aquella miseria, persuade de su discreción al capellán que le examina por orden del prelado; y, ya desnudo de loco y vestido de cuerdo, se dispone á salir del hospital, y va despidiéndose de los demás orates hasta llegar á uno, que, puesto en ira, porque Sevilla comete el pecado de sacar del establecimiento al otro, dice que, siendo él Júpiter Tonante, y teniendo en sus manos los abrasadores rayos con que puede y suele amenazar y destruir el mundo; sin embargo, con sola una cosa quiere castigar á aquel ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres años enteros, á contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza. «— No » tenga vuesa merced pena, señor mío, repone instan-

» táneamente el flamante cuerdo é inveterado loco, di-
» rigiéndose al capellán, ni haga caso de lo que este loco
» ha dicho; que, si él es Júpiter, y no quisiere llover, yo,
» que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, llo-
» veré todas las veces que se me antojare y fuere me-
» nester.» Dirán que esto es pura invención; que el loco
de Sevilla sólo existió en la fantasía del vulgo, harto
fecunda en fábulas; y que no tanto á la chistosa ocu-
rrencia del insensato, para salir del conflicto, debe el
cuento su celebridad, como al escritor que supo darla
á cuantos asuntos tocó con su excelsa pluma. No tal;
el caso del loco de Sevilla es un ejemplar vaciado en
el molde de los numerosos que se ofrecen en la prácti-
ca, sin duda allá, de cierto acá, y dondequiera ni más
ni menos.

Ahora bien, mirando á la luz de esta teoría médico-
psicológica el relato de la curación de Don Quijote, y
de la muerte de Alonso Quijano, se ve claramente la
verdad de los hechos que en él se mencionan, y su na-
tural enlace; formando el todo una composición armó-
nica, bella, encantadora, tan ingeniosa en lo literario
como puntual en lo clínico.

Mas antes conviene manifestar la virtud terapéutica
resolutiva, por decirlo así, que contra la vesania del
Hidalgo tuvo su enfermedad postrera.

El médico que le asiste no la diagnostica, limitán-
dose á indicar sus causas y gravedad suprema; pero por
aquéllas puede conjeturarse que es de las pocas que, en
medio de ser físicas, tienen un carácter moral decidido
y casi constante, como algunas de los aparatos respira-
torio, digestivo y urinario. La melancolía domina en
ella, y, por consiguiente, la depresión psíquica, ó dí-
gase el estado contrapuesto á la excitación peculiar del
delirio monomaniaco, bastante de suyo para reprimirla
y anonadarla, siquiera sea dando al trastorno mental
otra forma específica. En vano, creyendo el Cura, el
Bachiller, el Barbero y Sancho, que tenía melancólico

á Don Quijote la pesadumbre de su vencimiento, y del no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, procuraban por todas las vías posibles alegrarle, diciéndole Carrasco que se animase y levantase para comenzar el ejercicio pastoril, á cuyo fin había compuesto ya una égloga y comprado dos famosos perros, Barcino y Butrón, que guardarían el ganado; pues *no por esto* nuestro caballero, según advierte el historiador, *dejaba sus tristezas*.

A mayor abundamiento, la melancolía, que, como he dicho y repetido, caracteriza á menudo el período iniciativo, prodrómico ó de invasión de la locura aguda, señala también, aunque con menos frecuencia, el de declinación, pero con más el de resolución. Esta mudanza, pues, prepara y facilita la curación del Hidalgo loco. Concluye el resto de ella la intensidad de la nueva dolencia, es decir, de la del cuerpo, ó incidental.

No tan frecuentemente, ni con mucho, como imaginan algunos, aunque sí tal cual vez, se ven orates que recobran el uso de la razón en su última enfermedad, y fallecen libres de su vesania, despues de haber cumplido con mucho deseo y consuelo los deberes religiosos que en aquel trance incumben á una persona cristiana y cuerda, de haber puesto en orden sus negocios temporales, y despedídose de sus amigos. Lo que algo más á menudo se observa son enfermos de locura activa, ya aguda, ya crónica, no, empero, de la pasiva ó tórpida, que, en el período de estado ó intensión suma de una dolencia muy grave, ofrecen todas las señales de la sanidad psíquica, y vuelven á caer gradualmente en el antiguo desvarío á medida que van curándose del mal que les postró en la cama; de la que se levantan, al fin, sanos del cuerpo, pero tan dañados del entendimiento como en ella se metieron. De este fenómeno, que da pie para consideraciones interesantes, desmintiendo muchas que son tenidas por verdades inconcusas, recuerdo algunos ejemplos; y, por cierto, fueron muy no-

tables y dignos de atención los de varios recogidos, particularmente mujeres, de mi Manicomio que padecieron el cólera morbo asiático en la epidemia de 1865; en quienes se vió coincidir la mayor lucidez mental con la intensidad extrema del período álgido, é ir reapareciendo el delirio conforme cedía aquél, ó se efectuaba la reacción salvadora de la vida *.

Como quiera que sea, para mí no hay curación más sólida y segura de una vesania que la que se verifica en el curso de las enfermedades agudas que más general, más honda y más peligrosa perturbación del organismo producen; y, por tanto, ninguna crisis de la enajenación mental sobrepaja en potencia y eficacia á la que, por este procedimiento patológico, como de virtud terapéutica sustitutiva, prepara, sostiene y acaba la naturaleza misma.

Pues ¡qué extraño que la locura de Don Quijote, ya amortecida, ó, al menos, muy quebrantada por la lucha intestina de elementos poderosos é inconciliables, acabase por extinguirse al golpe de una enfermedad, que no se diga que fué grave, si causó la muerte.

Después de un sueño de más de seis horas, tan profundo, que el Ama y la Sobrina piensan que se ha de quedar en él, despierta, no ya Don Quijote, sino Alonso Quijano, y, entre otras cosas, les dice éstas, por todo extremo sorprendentes: *Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron, por mi amarga afición y continua leyenda, los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus entbelecós...;* y en seguida al Cura, al Bachiller y al Barbero, que aciertan á entrar en el aposento: *Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Qui-*

* Algún otro caso como éstos habría visto quizás en los recogidos que padecieron el cólera en 1885, á no haber sido trasladados, por orden superior, al Hospital de coléricos, dicho *La Vinyeta* por el lugar en que estaba.

jano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Del largo y sosegado sueño, última evolución de la crisis, vuelve curado, con clara conciencia de su locura pasada y su cordura presente, y aborrecimiento de la causa que produjo aquélla; en el cual se confirma de luego á luego.

Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad, y el peligro en que me puse con haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino: por cuales palabras distintamente se traslucen el juicio recto que hace de la condición de su persona mientras fué juguete del delirio, y la memoria que conserva de los desatinos que cometió á impulso de aquel trastorno; es decir, que tiene conciencia refleja de su locura; lo cual significa que la individualidad fisiológica, venciendo y anonadando á la patológica, ha recobrado su imperio legítimo é indivisible.

Imperturbable recibe ya el tiro de los excitativos morales que originaron y sostuvieron su locura; con espontaneidad, entereza y claridad rectifica ó rechaza las especies que antes indefectiblemente la avivaban; y, como de sus concertadas razones todos se admiran, el Bachiller, con la sagacidad que le distingue, tatea el estado psíquico de su amigo; porque, en casos semejantes, ni los allegados del que ha sido loco, ni las personas extrañas que le trataron mientras lo era, se deciden á creer de plano en su mudanza ó curación, y dudan de lo mismo que están viendo, oyendo y tocando.

¿No es bueno que el desdichado que ha padecido locura, tenga que encontrarse adonde quiera que vaya, mayormente en el tiempo inmediato al de su curación, con la extrañeza, el desvío, el recelo y aun el miedo de las gentes, y hasta de los amigos íntimos y de los deudos? ¿No es bien triste para el que se siente

vuelto ya en su acuerdo, ser dueño y estar seguro de sí mismo, que se pesen sus palabras, y se espíen sus pasos, y se vigilen sus acciones, y se desconfíe de sus propósitos, dando tal vez á todos interpretación torcida, y como persiguiéndole y vejándole con una desatentada suspicacia? ¿No es deplorable que haya quien piense, divulgue y sustente que el que se vuelve loco, loco se ha de quedar, y loco se queda de por vida? Pues dígame por la suya, quien no tenga cerrada la cabeza para todo buen discurso: si se cura radicalmente una encefalitis, que mueve delirio frenético, á menudo mucho más arrebatado que el de los accesos furiosos de la manía común y hasta de la manía epiléptica, prototipo del furor vesánico, y á nadie inspira duda alguna la realidad de la curación, ¿por qué no habrá de curarse una locura, cuyos síntomas principales lo son del mismo órgano, el encéfalo, asiento de aquella formidable inflamación, y que, sin embargo, raras veces pone en tanto riesgo la existencia del enfermo; y por qué la noticia de su curación frecuentemente ha de ser oída con una sonrisa de desconfianza, cuando no con una protesta formal de incredulidad? No ignoro que los dudosos pueden invocar en apoyo de sus vacilaciones aquellas sentencias tan recibidas, á lo que entiendo, en el antiguo foro: *demens de praeterito praesumitur etiam demens de praesenti*, y *semel furiosus semper praesumitur furiosus*; pero también sé que no las hay más contrarias á los principios fisiológico-frenopáticos, ni más reñidas con la experiencia, ni más insensatas y crueles. Sentencias tan falsas, cuanto son odiosas las supersticiones que reinaron en tiempos ya por fortuna muy remotos: especies de locura de cuerdos, que ora ponían á los locos en toldo y en peana como á criaturas escogidas ó santos, ora los arrojaban á la hoguera como á hechiceros ó posesos.

La locura es curable; y si su curabilidad parece estar, y está en efecto, por debajo de la de otras dolencias,

depende en gran manera, si no principalmente, del olvido en que se tiene, ó del menosprecio que se hace del tan sabido y vulgar aforismo: *principiis obsta* al que, en Medicina psicológica sólo se obtempera bien con el pronto aislamiento del enfermo en un manicomio: base fundamental de la terapéutica, y agente de tal eficacia, que ninguno le lleva ventaja, como tampoco en sencillez de procedimiento, probabilidad de buen resultado é inocuidad para el adolecente. ¡ Ay del orate que no sana en un manicomio ! ¡ Ay del que presto no es llevado á él ! ¡ Oh ! sí ; el oro vale menos que el tiempo que hasta recluir al infeliz pierden sus allegados, dando largas á un asunto que no las recibe sin quebranto, menudeando exageradamente contemplaciones infructuosas, confundiendo en dudas vanas, alimentando recelos quiméricos, temiendo censuras injustas, é imaginando arbitrios ilusorios, como aquellos tópicos que, pareciendo curar la llaga, sólo la sobresanan y casi siempre la enconan.

El día en que el público esté convencido de estas verdades, y obre en consecuencia, las estadísticas de los manicomios presentarán en la casilla de las curaciones números múltiplos, y no bajos, de los de ahora.

Ello es que, participantes de la desconfianza general, el Cura, el Bachiller y el Barbero, cuando oyen á Quijano renegar de los Amadises y de los libros de caballerías, creen que sin duda le ha tomado alguna *nueva locura*; pues la mudanza de delirio no quita el ser loco de presente al loco de pretérito.

Ningún recién curado de dolencia mental puede sustraerse á pruebas que, para cerciorarse de la entereza de su entendimiento, se juzga cualquiera con idoneidad y competencia bastantes para intentar, aunque no tenga la menor pericia ni el criterio que da el simple sentido común.

De la prueba que con el Hidalgo se hace, sale reintegrado plenamente en el concepto de sano de juicio.

Ahora, señor Don Quijote, dice Sansón, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, ¿sale vuesa merced con eso? Y agora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, ¿quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos. Punterías á dos blancos: al delirio antiguo y al reciente; y, respecto del primero, al lado por donde con más facilidad y prontitud se excitaba y ardía. El tanteo es discreto y resuelto. El Bachiller se pinta solo. La contestación de Quijano basta á desvanecer las dudas de los amigos y llenar la medida de sus deseos. *Los (cuentos) de hasta aquí, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa: déjense burlas aparte, y óiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que, en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el escribano.* Acabada la confesión, sale el Cura diciendo: *Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento.*

Díctalo el Hidalgo, y, con motivo de la primera manda, Sancho, que muestra estar aún resabiado de la pegadiza locura de su amo, échale llorando una perorata por el estilo de las intempestivas é indiscretas con que las personas vulgares tratan de hacer cobrar ánimo á los enfermos que rápidamente lo van perdiendo entre ansias mortales. A vueltas de necedades como las que tantas veces ensartaba en sus razonamientos, y de una especie que es, en puridad, un atrevido embuste, dirige también, aunque sin catarlo, dos tiros: uno flojo y de soslayo á la última tema del Hidalgo, y otro recio y en derechura á la primera ó antigua: ¡Ay! no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo,

y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese desá cama, y vámonos al campo, vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora Doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante, le derribaron: cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana. Como no es Carrascó hombre que se duerma en las pajas, asiendo por el copete la ocasión que le ofrece el escudero, así es, dice, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destes casos; al modo de quien frota una cicatriz recién cerrada, para ver si es sólida ó vuelve á brotar sangre. Mas de todas estas acometidas sale victorioso el Hidalgo, mostrando bien á las claras estar ya encastillado en la cordura, y ser invencible dentro de sus defensas: Señores, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Inútil el insistir en esto: toda ulterior consideración holgaría.

No está menos espontáneo y explícito el Hidalgo en su odio á las causas del ya desvanecido mal, ni en su deseo de enmendar los daños que hizo, empujado por él, ni en su gratitud á las personas que le han favorecido y cuidado. Estos efectos resplandecen en las fojas del testamento, algunas cláusulas del cual semejan adverbaciones categóricas sobre un articulado de prueba de entera sanidad de juicio. Deja por albaceas al Cura y al Bachiller, dándoles así un testimonio auténtico de la cordial amistad con que á la suya correspondía, en

los umbrales del sepulcro, en la solemne ocasión que sólo para decir verdad se abren los labios del hombre bueno y de entendimiento claro. Ordenada su alma con todas las circunstancias cristianas que el caso pide, llega á las mandas, y es la primera para el criado: *Ítem, es mi voluntad que..... de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene..... que, porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas y dares y tomares..... quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que, si sobraren algunos, después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga. Y si como, estando yo loco, fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.* Dulce memoria del cariño que mutuamente se profesaron, viviendo en la paz de amo y criado cristianos, sin orgullo ni humillación, desabrimiento ni odio, antes con grata correspondencia de atenciones y respetos, inspirada por la única fraternidad verdadera y fecunda. Falta todavía á Quijano cumplir con un deber de conciencia que le recuerdan su cordura y piedad á la vez, y, suspendiendo momentáneamente el hacer otras mandas, vuélvese á Sancho y le dice: *Perdóname, amigo, la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.* La pena que esto le causa inspírale el pensamiento caritativo de apartar al prójimo del mal camino que él siguió, arrastrado de sus perniciosas lecturas; y llévalo á efecto dictando una disposición, que, además, echa el sello al informe sobre la integridad de su juicio; que tal, repito, viene á parecer el testamento: *Ítem, es mi voluntad que si Antonia Quijana, mi sobrina, quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información*

que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y, con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él, y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías á su voluntad.

No obstante estas repetidas y concluyentes manifestaciones de recobro de la salud mental, podría el de Quijano dejar alguna duda, á no satisfacerla otra prueba que, con parecer indirecta, tiene tanto valor, que sin ella no alcanzarían las demás á dar un convencimiento pleno; porque así como para el diagnóstico sirve en gran manera el parangón del presunto loco con el cuerdo, el cotejo de su retrato moral de hoy con el de ayer; al mismo tenor el comparar al presunto curado con el enfermo, ver si sus facciones psíquicas son como las que antes tenía y que demudó la dolencia, es un arbitrio excelente para formar concepto sobre la realidad, firmeza y alcance del restablecimiento de la cordura. Ilusorio será éste si no va confirmado por la vuelta del carácter y afectos personales, y, entre ellos, el religioso; supuesto que suele ser el último que cae, y, por lo común, no cae jamás á los embates del delirio, como se ve en toda la vida de Don Quijote, aun en medio de sus mayores desavíos, disparates y excesos.

Duermese loco, y despierta cuerdo. Aquí, como entre paréntesis, he de decir que el tránsito es violento, pero no nuevo de todo en todo, aunque sí, á la verdad, sumamente raro, casi excepcional. Recuérdese el caso, referido en otro capítulo, del exclaustrado, á quien alguna vez dejé loco por la mañana, y hallé cuerdo por la tarde. En cuyo respecto, entre este orate y Don Quijote no hay igualdad, pero sí semejanza.

Despierta cuerdo; y el primer grito de su despertar es de cristiano, creyente de fe acendrada; sus primeras palabras son una jaculatoria en acción de gracias al Dispensador de todas ellas: *¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus miseri-*

cordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Atónita la Sobrina al oír estas razones, por parecerle más concertadas que solía decir las el Hidalgo, á lo menos en esta enfermedad, preguntale de qué misericordias y pecados habla. *Las misericordias, sobrina,* responde él, *son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados.* La mirada, hasta entonces fija en el cielo, humíllala á la tierra; y contempla su condición presente, y recorre en un momento las páginas de su historia, tan dolorosas algunas, y llegando á la que bien entiende ser la última, dicta para ella un elocuente epílogo, en el que llora los pasados errores, vuelve por la fama, que tenía adquirida, y abre el pecho á la esperanza de que, en el supremo trance, le fortalecerá el amor de los suyos: *Ya conozco sus disparates y embelecocos (de los libros de caballerías), y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte: querría hacerla de tal modo, que diese á entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que, puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad con mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el Cura, el bachiller Sansón Carrasco y maese Nicolás el barbero; que quiero confesarme y hacer mi testamento.* Y luego hablando con ellos, mientras está haciéndolo, repite muy al caso haber sido el loco Don Quijote y ser ya el cuerdo Quijano; lo cual le lleva á pronunciar palabras que, con ser breves, dicen todo cuanto cumple á sus nobles sentimientos; pues elevan al mayor grado de certidumbre su curación; desvanecen las sombras de lo pasado con la luz de lo presente; y dan muestra de que va á partir de este mundo con el consuelo de no haber desmerecido en el concepto público, del cual tan celoso es hasta que cierra los ojos el hombre honrado:

pueda con vuestas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenía.

Tres dias vivió aún, en los que se desmayaba muy á menudo; y recibido que hubo todos los sacramentos, y abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu.

Doscientos setenta años han rodado sobre su tumba; mas para nosotros, los que desde la infancia escuchamos embelesados los ecos de su voz; en sus razonamientos hallamos doctrina y delectación para el entendimiento, paz para el corazón, propiedad y pureza para el habla; para nosotros los que seguimos, aunque harto á la zaga, sus huellas en el camino de la hidalguía; con su ejemplo é inspiración nos enfervorizamos en el amor de la justicia y de la belleza; para nosotros, los que rendimos culto á su memoria, y contenderíamos por su desconocida patria, como se han disputado los griegos la también ignota del divino Homero; para nosotros, los que, con la imaginación enardecida por el afecto, le vemos siempre á nuestro lado alentándonos con su espíritu radiante de virtud y nobleza; Don Quijote, el héroe manchego,

No parece que está muerto,
Sino vivo y muy honrado,

como el antiguo romance canta del Cid, el héroe castellano.

Perdóneseme esta digresión fantástica, que no ha sido, no, ¡vale Dios!, grito de vigilancia de un delirio mío, sino desahogo del amor, en verdad nunca dormido, al Ingenioso Hidalgo; pues, tomando otra vez el sendero de la sosegada razón, concluyo diciendo que, en el concepto médico-psicológico, la regresión de Don Quijote de la Mancha á Alonso Quijano el Bueno es una de las narraciones más admirables, y en todo respecto merecedora de encomio.

CAPÍTULO XV.

LOCOS SIMPÁTICOS.

Habiendo tratado principalmente hasta aquí de los caracteres que distinguen la individualidad monomaniaca de Don Quijote, que dibujan, si vale decirlo, su fisonomía frenopática, y que, en el lenguaje de escuela, componen un síndrome, ó singularizan un *caso clínico*; pasaré ahora á manifestar los generales, no exclusivos de la forma específica de su locura, sino comunes á casi todas ellas; donde se verá la semblanza del Hidalgo con la generalidad de los orates, y cómo corren al rededor de la idea delirante primaria del nuestro otras secundarias, variables ó pasajeras. En lo sucesivo analizaré la vesania de Don Quijote, no tanto en lo que tiene de la especie, cuanto en lo que participa del género; y creo poder asegurar que no será menos interesante su estudio en éste que en el otro aspecto.

Dignos de lástima son todos, igualmente y sin la menor diferencia, los que padeciendo enajenación, vagan, por las regiones del mundo moral, más vacilantes, descaminados y desvalidos que, por las sendas de la tierra, los sin ventura que viven en la lóbreguez de la ceguera; y débenles las personas compasivas, no sólo amparo y respeto, sino amor entrañable como á seres que Dios ha elegido para purificarlos en esta vida con las aflicciones de la mayor miseria, y para que en ellos puedan ejercitar la caridad los que su Ley observan y por las vías de la virtud le siguen. Dando esto por sentado é indiscutible, no repugna el decir que hay locos, si no locuras, que, por sus cualidades, gustos é inclinaciones, aun cuando sean patológicos, entremezclados acaso con aptitudes y otras dotes en que no ha hecho

mella la enfermedad, inspiran afectos de todo punto contrarios: ya de confianza, afición ó cariño, ya de recelo, indiferencia ó desamor. Que el hombre, por su flaca naturaleza, no siempre logra sustraerse al influjo de la simpatía y de la antipatía, por más que, en el trato con los desgraciados, si alguna vez puede sin escrúpulo moderar el movimiento de la primera, jamás le estará bien ceder al ímpetu de la segunda. De todo esto se originan, por una parte, innumerables semejanzas y desemejanzas de los alienados entre sí, tocante á su índole y comportamiento; y, por otra, diferencias no menores de las relaciones que con ellos contraen, del ascendiente que con varios tienen, y del afecto que por algunos, no sin especial y razonable motivo, sienten los que les tratan, cuidan y gobiernan.

De buenas á primeras se ha de confesar que, en una multitud cual la que llena un manicomio grande, y en la suma de los dispersos que fuera de él viven, los más son orates vulgares, como vulgares son también, por la mayor parte, los que componen la población de los sanos de juicio. Locos, cuyo delirio refleja la torpeza, ignorancia, estolidez ó supersticiones de cuando no lo eran; residen en el asilo confundidos entre otros muchos en la sección á que los ha llamado su carácter patológico; y salen de él, ó mueren, sin haber hecho otra cosa que trabajar mal que bien, de grado ó por fuerza, en la mecánica labor común; añadir un guarismo á la estadística; y probar pasivamente la eficacia ó vanidad de la medicación usada contra su dolencia; á la manera de tantos cuerdos que, salvo su honradez y bondad, con el entendimiento inculto, casi dormido, pegados al terruño, metidos en el taller, tal vez ocultos en el fondo de la covachuela, ó atediados de la ociosidad, viven, casi vegetan, en un mundo puramente material, de donde parten sin dejar rastro de su paso, y, lo que es peor, sin haberse asomado al mundo moral, del que apenas tuvieron noticia, ó lo menospre-

ciaron. Todos éstos, locos y cuerdos, son en la tierra imágenes de aquellas almas inertes, de las cuales, mostrándose las en las regiones de las tinieblas, dijo el vate mantuano al florentino :

Fama di loro il mondo esser non lassa ;

.....
*Non ragioniam di lor, ma guarda e passa. **

¡Dichosa existencia vulgar, mil veces preferible á la notoriedad que acaso da á locos, como á cuerdos, el carácter indómito, la índole maligna, la desapoderada pasión, el vicio, el crimen! Superfluo fuera el encarcerarlo ; pero, con todo, los que se distinguen por esta mala cualidad ó circunstancia son siempre bien recibidos en los manicomios, pues ningún incentivo más poderoso de la caridad que la siniestra desgracia que los agobia, ni materia más digna de estudio que su multiforme y gravísima dolencia ; en nada obstante que los arrebatos que repetidamente les sobrevienen perturben el orden de los asilos, pongan en peligro á los albergados, y aun á los médicos, hermanos y servidores.

El que no conoce, por práctica propia, aquella variedad de la manía razonadora, que puede incluirse en la *moral insanity* de Prichard, en la cual predomina como carácter distintivo la perversion de todo afecto; jamás podrá concebir cuán intratables, y de vez en cuando cuán peligrosos, son los desventurados que la padecen : volubles, antojadizos, mentirosos, embrollones, entrometidos, pendencieros, cobardes y sumisos ante el fuerte, audaces y crueles con el débil; dan de continuo en qué merecer á sus compañeros y á la gente de servicio, burlan los cálculos del director más ladino y cauto, y malogran sus mejores providencias.

Entre los locos epilépticos, hay algunos malsufridos, muy irritables, agresivos y traidores; sin ninguna

* DANTE, *La Divina Commedia*, canto III, vers. 49 y 51.

de estas malas cualidades, pocos. Provocado por los paroxismos de su neurosis, suelen padecer un delirio pasajero, que abarca todas las facultades intelectuales y afectivas y los instintos, pero tan intenso, que es, para mí, el prototipo de los trastornos psíquicos, y parece la forma específica que sugirió, ó por la que hubo de inventarse la denominación genérica, exactísima y en extremo expresiva, de *enajenación* mental. Basta decir que el paciente pierde de todo punto la conciencia de sí mismo y su carácter de racional, y, transportado por una agitación incesante ó por un verdadero y extraordinario furor, queda convertido en uno como bruto indomable y rabioso, que tal vez aulla, embiste, pega, acocea, araña ó muerde.

Los locos homicidas y los suicidas son para los manicomios dos plagas, á cual peor; y sin duda las peores que pueden caer sobre estos establecimientos: con harta frecuencia la vigilancia más asidua no es poderosa á precaver los atentados de tales orates. ¿Cómo se podrá ir á la mano al que, enardecido de pasión vesánica que no tiene freno ni calmante, está en acecho de la primera coyuntura que se le ofrezca para satisfacer un maligno anhelo, todos los minutos, todos los días, semana tras semana, mes tras mes, año tras año? ¿Cómo, en un instante de fatal descuido ó ilusoria confianza de los que le asisten, no hallará tal vez un utensilio del servicio, una piedra, una tejoleta para lastimar á un compañero ó criado; en su mismo ajuar un pañuelo con que estrangularse; en las viandas un hueso con que herirse? Nada más temible é insoportable que la responsabilidad moral que á las casas de orates irroga el cuidado de estos infelices.

Otros hay, que ponen á prueba la paciencia, manseñumbre, abnegación y sufrimiento de las personas que deben tratarlos: son los misántropos y los que yo denomino *antropófobos*, cuya vida se consume en el odio ó en el horror. Para ellos no existe el género humano;

en medio del mayor concurso están solos, á vueltas con sus delirios, pasiones y rencores; la compañía les molesta; la presencia de un semejante les irrita; un consuelo les enoja; una palabra de cariño les exaspera; prefieren la noche al día; reconcentrados, huraños, hoscos, no despegan los labios sino para el desprecio, el insulto, la maldición ó la blasfemia; y si á alguien miran la cara, mataríanle con la vista, si pudieran, como diz que mata el basilisco.

¡Oh dolor! Viendo á los orates de todas estas clases, contemplando sus exaltaciones é ímpetus, oyendo sus descompuestas voces, insultos y amenazas; en medio del desconcierto, confusión y estruendo, que, siquiera momentáneamente, levantan, me ha parecido asistir al combate de odios y furores, entre lamentos é imprecaciones, desesperación y horror, de los precitos del poema dantesco.

Quivi sospiri, pianti, ed alti guai

.....
Diverse lingue, orribili favelle,

Parole di dolore, accenti d'ira,

*Voci alte e fioche, e suon di man con elle.**

La simpatía que tales locos tienen la desgracia de no poder granjearse, lógranla otros, por dicha mayores en número. De éstos hablaré, no ya en general, como de aquéllos, sino individualmente, mencionando, ora el concepto delirante ó la alucinación, ora la genialidad ó algún hecho suyo, aquí un rasgo de ingenio, allí un dislate gracioso; de suerte que sin dificultad colija, por cualquiera de estas particularidades, el grupo en que habrá de incluirlos quien se proponga clasificarlos.

Una maniaca, esquiva y alborotadora, á quien nunca he oído razón concertada, que padece á menudo accesos de agitación vehemente, pero hasta en ellos es del todo inofensiva; se distingue por un afecto filial entra-

* DANTE, *ibidem*, canto III, vers. 22-27.

ñable, aunque desvariado, á una anciana á quien toma por su madre, reclusa, como ella misma, semiparalítica y no nada pulcra, pues en realidad no puede serlo, á pesar de todos los cuidados, una inválida que adolece de incontinencia de orina. Tratándola, no sólo con respeto y cariño sino con mimo, bésala, ayúdala á levantarse y vestirse, bien así como la desnuda, acuesta y arropa, sin que jamás se muestre negligente en estos servicios, bastante penosos, porque la desconsiderada vieja los reciba con indiferencia, que es lo ordinario, ó acaso se los pague con regaños, arranques de mal humor ó algún manotazo.

Asistí, mucho tiempo hace, á un marinero vizcaíno, excelente ejemplar de su noble y esforzada raza: robusto, vigoroso, valiente, probado en las fatigas y peligros de la vida navegante; pero, por efecto de la manía, siempre agitada y á veces furiosa, que padecía, nada sufrido, y sí muy caviloso, agresivo y camorrista. Una palabra, una mirada, un gesto del más pacífico compañero, bastábale, aunque á él no fuese, para levantar el puño, y descargarlo con la fuerza de un atleta sobre el inocente; y vez hubo que, dándole yo la espalda, y, por tanto, no pudiendo siquiera mirarle, recibió mi sombrero la puñada que él dirigía á la cabeza. Pues bien, para sus pendencias buscaba, por lo común, contendientes dignos, es decir, animosos y fuertes; y si de alguna salía llevando la peor parte, loaba el arrojo del contrario, y tenía por muy merecidos los golpes que éste le diera. Un día halló la horma de su zapato habiéndoselas con quien le santiguó de lo lindo, y le partió de un mojicón el labio superior; y yo, disponiéndome á hacerle la primera cura, ordené que cuatro criados le sujetaran, mas él quiso oponerse diciéndome con entereza: — *No es menester, señor Doctor; que si buena paliza me han dado, buen ánimo tengo para sufrir las cosquillas de esas herramientas: obre su merced cómo le parezca, corte por dónde la plazca; que para*



resistirlo soy muy hombre. No sé qué voz sentí en mis adentros, que me persuadió á fiar en la generosidad del loco, y, echando el pecho al agua, mandé á mis ayudantes que le soltaran, y él sufrió sin un quejido ni el más leve estremecimiento de dolor el que le causaron los alfileres con que le hice la sutura enroscada.

Padece también manía con accesos de exaltación furiosa, y tiene entonces conatos muy dañinos, un pescador catalán, que, siendo en su juventud marinero de la Armada, asistió á la malograda expedición del Pacífico y al memorable ataque del Callao. Quizás por estar educado en la severa cuanto salvadora disciplina del servicio marítimo de guerra, el rasgo predominante de su noble carácter es meterse á parte de los Hermanos y dependientes del Manicomio, ó dígase de la autoridad, contra los reclusos que los amenazan ó les oponen resistencia. Un buen arbitrio hay para calmar sus agitaciones: hablarle de la marina española. Tela se le da con ello para largo rato; y es de ver el entusiasmo con que refiere los sucesos de la para él épica jornada. A su decir, Méndez Núñez fué un dios; todos, del almirante á los grumetes, unos héroes; los peruanos, unos temerarios; los ingleses, unos piratas; y cuando y donde quiera que un buque largue la bandera de España, todos los de las demás naciones del mundo deben arriar instantáneamente las suyas.

Residió más de la mitad de su vida en el Manicomio un cajista, vivaracho, ingenioso, apto para todo género de trabajos manuales y muy dado al estudio. El oficio que más ejercitó en el asilo fué el de pintor de brocha gorda; y en las horas de descanso y días de fiesta, andando á vueltas con gramáticas y diccionarios, aprendió algo por sí, sin auxilio de maestro, y con sólo hacerme de vez en cuando alguna consulta, las lenguas francesa é inglesa, cuyos vocablos pronunciaba á la española y traducía bien que mal, pero más mal que bien, pues el respeto á la propiedad y pureza de la dicción no